

fuelle de toda la gracia, en cuya comparacion toda la gracia y santidad de todos los otros santos es como un punto en el círculo, y se escurece como la luz de las estrellas delante del sol? ¡Qué vivos deseos tenía el glorioso apóstol san Andres de morir crucificado, pues cuando vió la cruz, así se regocijó y la saludó y se abrazó con ella! ¡Qué llamas tan encendidas de amor ardan en el pecho del abrasado Ignacio, cuando le llamaban de Siria á Roma para ser martirizado, y llamaba saludables las bestias que le habian de despedazar y tragar, y decia que si ellas no se quisiesen llegar á él, él les haria fuerza y violencia! ¡Qué diré de las parrillas de san Lorenzo, y de aquel fuego lento que le consumió, y no pudo apagar el incendio interior de su ánima, ántes fué dél de tal manera vencido, que las llamas de fuera le parecian rosas, y cuando más le quemaban, decia que estaba en refrigerio? ¡Con cuánto ardor deseó y procuró el martirio el seráfico padre san Francisco! ¡Cuánta era la caridad del glorioso patriarca santo Domingo, pues no solamente deseaba ser mártir, sino que todos sus miembros lo fuesen, y cada uno dellos padeciese su martirio! Seria nunca acabar si quisiésemos referir aqui los otros ejemplos de los bienaventurados santos que padecieron ó desearon padecer por Cristo, y con tanto fervor y con caridad tan encendida, que los tormentos tenían por regalos, la muerte por vida y la cruz por gloria; porque cuando se ama el padecer, no es pena el padecer, sino alivio y gozo. Pues si estos deseos de padecer tuvieron los santos, que, como dijimos, no tenían sino una gota de gracia, comunicada desta fuente y mar de toda gracia, ¿qué deseos, qué ansias, qué ardores, qué quebrantos de corazon, qué agonias habrán sido las de la misma fuente, de cuya plenitud y abundancia reciben los demas? De aquí es que se angustiaba tanto este Señor con la dilacion de su muerte, y cada hora que se dilataba le parecia mil años, por el deseo tan encendido que tenia de ofrecerse por nosotros en sacrificio al Padre, y los treinta y tres años que vivió le fueron una perpétua cruz y un nuevo género de tormento. Por esto dijo: «Con bautismo de sangre tengo yo de ser bautizado, y ¡cómo se angustia mi corazon hasta que llegue la hora dél y se cumpla!» Esto deseó, y este amor le hizo padecer tantos y tan terribles dolores, injurias, afrentas, ensayos y nuevos linajes de tormentos; los cuales, con haber sido innumerables y gravísimos, nunca llegaron al deseo que tenia de padecer más, y amor entrañable é infinito de su corazon; porque mucho más fué, sin comparacion, lo que deseó padecer que lo que padeció, y lo que nos amó allá dentro de su pecho divinal, que lo que nos mostró de fuera con sus llagas; y si como le mandaron morir una vez, le mandáran morir mil, tantas muriera, y si fuera menester estar hasta el dia del juicio en la cruz para nuestro remedio, como estuvo penando tres horas, allí estuviera, y lo mismo hiciera por cada uno de los hombres que hizo por todos, porque tenia amor para todo y gracia para

todo, y agradecimiento y gracia para todo. Éstos son los estribos de nuestra esperanza, ésta la ánora de nuestra nave, éste el norte de nuestra navegacion, éste el puerto seguro para recogernos en todas nuestras tempestades. Cristo, por amor del Padre, me ama, y por obedecer al Padre, muere por mí; y el Padre eterno, por los merecimientos y obediencia del Hijo, me perdona; pues ¿cómo no confiaré yo en tal Hijo y en tal Padre? Toda la razon por que el Hijo nos ama es por obedecer á su Padre, y la causa por que el Padre nos perdona es porque se lo merece y suplica su Hijo; y de mirar el Hijo el corazon del Padre resulta que nos ame, porque así lo pide su obediencia; y de mirar el Padre las heridas y peticiones del Hijo procede nuestro remedio y salud, porque así lo pide su merecimiento. Deste aspecto del Hijo al Padre y del Padre al Hijo proceden todas las influencias de dones y gracias con que se gobierna la Iglesia, como del aspecto de los planetas en tal ó tal disposicion proceden las influencias con que se gobierna el mundo, como dicen los astrólogos. Miraos siempre, ¡oh Padre y Hijo! miraos sin cesar, porque desta inefable vista cuelga nuestra bienaventuranza. ¡Oh vista de inestimable virtud, de la cual proceden los rayos de la divina gracia, el perdon de los pecados, el esfuerzo de Dios en nuestra flaqueza, su compañía en nuestra soledad, su consuelo en nuestra aflicion, y en nuestra desesperacion su seguridad y confianza! Procuremos nosotros estar muy unidos por fe y amor con este Señor, como miembros con nuestra cabeza, como discípulos con nuestro maestro, como soldados con nuestro capitán, como fieles vasallos con nuestro rey, como cautivos con su libertador, como redimidos con su redentor, como criaturas con su Criador, como esposas con su dulcísimo y amantísimo esposo, y finalmente, como pobres mendigos y miserables con nuestra riqueza, con nuestro tesoro y nuestro sumo bien. Porque si estuviéremos unidos con Él, lo que dél fuere será de nosotros, y allí estarán los miembros donde estuviere la cabeza. En figura desto, dijo David á Abiatar (1), que estaba muy temeroso: «Quédate conmigo y no temas, y lo que de mí fuere, eso será de ti, y conmigo te salvarás.» Éste es el mayor y más eficaz remedio para todas nuestras tribulaciones: juntarnos con este Señor, vivir debajo de sus alas, seguir valerosamente su estandarte real, y cuando por considerar nuestra flaqueza desmayamos, ó por mirar á las aguas furiosas y crecidas de nuestras penas se nos desvanece la cabeza, alzar los ojos á lo alto y mirar á Cristo en una cruz, y acordarnos de sus merecimientos y de su obediencia para con el Padre, y del agrado y complacimento del Padre para con tal Hijo. Todo cuanto Dios tiene fuera de sí es ménos que su Hijo; y pues el Padre nos dió tan liberalmente tal Hijo, al tiempo que éramos sus enemigos y no se lo pediamos, ni nos pasaba por

(1) I. Reg., xxii.

la imaginacion pensar que tal cosa podia ser, ¿qué nos negará ahora de lo que le suplicamos, para poder mejor agradecer y servir este beneficio? ¿Qué me negará el que no me negó á su unigénito Hijo? Pues, como dice san Pablo (1), quien no perdonó á su Hijo, sino que le entregó á la muerte por nosotros, ¿cómo no nos habrá dado todas las cosas con Él, para que entendamos que en el punto que nos dió á su Hijo, nos dió juntamente todas las cosas con Él? Ninguna cosa nos puede atemorizar tanto, cuanto asegurarnos ésta. Cérquennos pecados pasados, apriétennos temores de lo por venir, rodéennos demonios que nos acusen y tiendan lazos, espanten y persigan los hombres, abra el infierno su boca, y pónganse mil peligros delante, que con levantar los ojos á Jesucristo, el manso, el benigno, el obediente, el lleno de misericordia é infinito amador nuestro hasta la muerte, no podemos sino confiar, viendo que apreció tanto nuestra salud el Padre eterno, que por ella dió á su benditísimo Hijo y le entregó á la muerte, y muerte de cruz. Porque si aún acá entre los hombres hay padres que aman tan entrañablemente á sus hijos, que con sola la vista dellos se amansan y sosiegan, por más enojados que estén, ¿qué hará la vista de tal Hijo en el pecho de tal Padre, que le mira puesto por su obediencia en una cruz?

Esto baste para consuelo de las personas espirituales que andan por el desierto áspero y fragoso del desconsuelo, y son probadas y purificadas del Señor con la soledad y desamparo de su dulce y amorosa presencia.

Destá misma manera podriamos decir de las demas tribulaciones, y dar en cada linaje dellas sus medicinas y remedios, como de los que padecen afrentas é injurias, ó falsamente son acusados y oprimidos con calumnias, y discurrir por los otros géneros de cruz que hay en cada estado y forma de vida; mas por ser tantos, y casi infinitos, me ha parecido dejarlos, y contentarme con los remedios que en general y en particular habemos dicho hasta aquí.

Solamente quiero añadir algunas sentencias de las muchas que acerca desta materia se hallan en Séneca; porque este filósofo, aunque en todos sus libros se mostró grave y severo, pero en los que trata de las miserias humanas y de la fortaleza é igualdad de ánimo con que se han de pasar, es maravilloso y divino; y aunque es verdad que en la Sagrada Escritura y en los libros de los santos tenemos abundantísima luz para todo lo que en esta vida habemos menester, y particularmente para nuestro consuelo y esfuerzo, porque, como dice el glorioso apóstol san Pablo (2), todo lo que está escrito está escrito para nuestra doctrina, y para que por lo que leemos de la paciencia que tuvieron los santos, y de la consolacion que despues de haberlos probado les dió el Señor, aprendamos nos-

(1) Rom., viii.

(2) Rom., xv.

otros á tener confianza en Él, todavía me ha parecido poner aquí, como he dicho, algunas sentencias de este filósofo, así porque son admirables, como para nuestra confusion, y para que, considerando cuánto más obligados estamos nosotros á llevar con sufrimiento y alegría nuestras penas, pues tenemos tantos mayores rayos de luz y más ayudas de gracia y más prendas de bienaventuranza que él tuvo, procuremos poner por obra lo que nos enseña de una virtud tan excelente y tan necesaria como es la paciencia, y que nos ha sido tan encomendada con ejemplos y con palabras de Cristo nuestro redentor y de todos los santos que le imitaron.

CAPÍTULO XXIII.

Algunas sentencias de Séneca acerca de las miserias desta vida, y cómo las habemos de pasar.

No me parece que hay hombre más desdichado que el que nunca tuvo alguna adversidad (3); porque este tal no tuvo ocasion de hacer prueba de sí, y aunque todas las cosas le sucedieron como pudo desear, todavía digo que los dioses juzgaron mal dél, pues le tuvieron por indigno de quien alguna vez fuese vencida la fortuna.

Yo juzgo que eres miserable, porque nunca fuiste infeliz (4). Has pasado tu vida sin contrario. Ninguno sabrá lo que puedes, ni tú tampoco; porque para conocerse el hombre es necesario que se pruebe, y que la experiencia enseñe á cada uno lo que puede.

Considera que no es propio del magnánimo mostrarse fuerte en la prosperidad (5); porque tampoco el buen piloto muestra su arte cuando la mar está sosegada y es próspero el viento. Menester es que haya dificultad para que el ánimo haga prueba de sí.

Lo más subido y perfeto del hombre es saber sufrir con alegría los trabajos y adversidades, y todo lo que sucediere llevarlo como si por su voluntad propia le sucediese (6); porque obligado estaba el hombre á quererlo así, si supiera que ésta era la divina voluntad.

Necesariamente habeis de conceder que el varon justo es piadoso y temeroso de Dios, y siendo tal, cualquiera cosa que le sucediere la llevará con alegría, sabiendo que le vino por divina voluntad, de la cual proceden todas las cosas.

Para aquellos es pesada la fortuna á los cuales halla desapercibidos (7). Fácilmente sufre el golpe el que siempre le espera; porque aún los enemigos se espantan más cuando vienen de sobresalto y acometen repentinamente. Pero los que están apercebidos y aparejados para la guerra no se espantan tanto, y sostienen el acometimiento con mayor facilidad.

(3) Lib. De provid., cap. iii.

(4) Ibidem, cap. vi.

(5) Lib. De cons. ad Mart., cap. vi.

(6) In Præs., lib. iii, Naf. quest.

(7) Lib. De cons. ad Helv., cap. v.

Arroja de tí todo lo que lastima tu corazón, y entiende que si de otra suerte no se pudiese sacar, el mismo corazón se habría de arrancar con ello (1).

Ligero es el dolor que no se acrecienta con la opinión, y si el hombre comienza á animarse y á decir «no es nada», ó á lo ménos, «es poco, esforcémonos, que presto pasarán», hácese más ligero (2). Tanto es cada uno miserable, cuanto lo piensa ser. ¿Qué aprovecha renovar los dolores pasados, y porque fuiste infeliz serlo siempre? Natural cosa es alegrarse el hombre con el fin de sus males; por esto conviene cortar y apartar de nosotros el temor del mal que está por venir y la memoria de lo pasado. Porque lo uno ya pasó, y lo otro no sabemos si vendrá. Así como el enemigo que va á los alcances es más dañoso al que huye, así todas las miserias humanas aprietan más al que huye y les vuelve las espaldas.

Volved los ojos á todos los mortales, y no hallaréis casa donde no haya copiosa y continua materia de lágrimas (3). Este está oprimido de la pobreza trabajosa, aquél inquieto con la ambición desasosegada; el otro, despues de haber alcanzado las riquezas que deseó, teme perderlas, y anda fatigado con su mismo deseo. El uno llora porque tiene hijos, y el otro porque los perdió. Antes nos faltarán las lágrimas que las causas de llorar. ¿No ves qué vida nos prometió la naturaleza, pues quiso que el llanto fuese principio de nuestra vida? Por aquí comenzamos; éste es nuestro progreso, éste nuestro fin, y todo el discurso de nuestra vida es uno y conforme. Por tanto debemos llorar con moderación nuestros males, porque muchas veces lo habremos de hacer, y acordándonos de los trabajos y calamidades que han de venir, guardemos las lágrimas para cuando vinieren, y pues habemos de llorar muchas veces, lloremos ahora con templanza.

Si te midieres con la naturaleza, nunca serás pobre (4); si con la opinión de los hombres, nunca serás rico, porque la naturaleza se contenta con poco, la opinión no tiene fin, y si la sigues, cuanto más tuvieres, más desearás.

Ninguno es digno de Dios sino el que desprecia las riquezas (5), de las cuales yo no te quito el uso y la posesión, pero querría que las poseyeses sin desasosiego, lo cual de una manera alcanzarás, si te persuadieses que podrías vivir dichosamente sin ellas, y si las mirares siempre como cosa que se va.

Gran cosa es no estragarse con el uso de las riquezas; grande es aquel que en las riquezas es pobre, pero más seguro el que no las tiene (6).

Nunca tuvo poco el que está contento con lo que tiene, y nunca tuvo mucho el que desea más (7).

(1) Epist. lvi.

(2) Epist. lxxviii.

(3) Lib. De consol. ad. Polib., cap. xxiii.

(4) Epist. xvi.

(5) Epist. xviii, et in excerptis.

(6) Epist. xx.

(7) Epist. cxx.

Dices que la pobreza te es pesada; ántes tú eres pesado á la pobreza (8). No está la culpa en la pobreza, sino en el pobre; porque ella es ligera, alegre y segura. Dices que eres pobre; no sabes que eres pobre, no porque lo eres, sino porque te tienes por tal. Dices que eres pobre; ninguna cosa falta á las aves, el ganado se sustenta cada día, las fieras en sus cuevas y en los desiertos hallan de comer, y tú piensas que te ha de faltar.

Digo que las riquezas no son buenas, porque si lo fuesen harían bueno al que las posee (9), y pues vemos que tantos malos las tienen, no se pueden con razón llamar buenas. Ponedme en una casa muy opulenta con grande copia de oro y plata, no por eso me tendré en más, pues la casa y las riquezas, aunque están cabe mí, están fuera de mí. Ponedme debajo de un portal entre los pobres mendigos y andrajosos, no por eso me tendré en ménos. Yo despreciaré todo el reino de la fortuna; pero si me dieran á escoger, tomaré lo mejor. Todo lo que viniere procuraré que sea bueno para mí, pero holgaréme que venga lo más sabroso y más alegre y que ménos me ha de fatigar.

Perdí la hacienda; por ventura ella te perdiera si no la hubieras perdido (10). Perdí la hacienda; así tendrás ménos peligro. Perdí la hacienda; dichoso tú si con ella perdiste la codicia; pero si ella se quedó contigo, todavía eres más dichoso que ántes, pues perdiste la materia con que se ceba tan grande mal. Perdí la hacienda, y ella ha perdido á muchos. Serás de aquí adelante en el camino más ligero, y más seguro en tu casa. No tendrás heredero, pero no le temerás. Si lo miras bien, la fortuna te ha descargado y puesto en el lugar más seguro. Lo que piensas que es daño, es remedio; lloras, gimes y dices que eres miserable por haber sido despojado de tus bienes; por tu culpa sientes tanto esta pérdida. No la llevarías con tanta congoja si ántes hubieras poseído las riquezas como cosa que habías de perder.

Dices que padeciste naufragio (11). Considera no lo que perdiste, sino que escapaste; desnudo saliste, pero saliste. Perdiste todo tu ato, pero pudieras perecer tú juntamente con él.

Aprendamos á vivir con templanza, á refrenar la lujuria, á vencer la gula, á mitigar la ira, á mirar con buenos ojos la pobreza, á amar la sobriedad, á satisfacer á los deseos naturales con cosas fáciles y de poca costa, á tener como debajo de llave las esperanzas falsas, y reprimir el ánimo deseoso de vanidad, y finalmente á buscar las riquezas, no en la fortuna, sino en nosotros mismos (12).

¿Qué cosa es entre todas las cosas humanas la más saludable y principal? No admitir en el ánimo malos consejos, levantar las manos juntas al cielo, no desear bien alguno que otro haya de perder, desear

(8) In excerptis.

(9) Lib. De vita beata, cap. xxiv et xxv.

(10) In excerptis à libris Senecæ.

(11) Ibidem.

(12) Lib. De tranquill. animi, cap. ix.

lo que se puede desear sin que ninguno os lo contradiga, que es una santa mente; y todas las otras cosas que los mortales tanto estiman, mirarlas como cosas que como se vienen, así se van (1).

Lloras porque perdiste la vista, y no consideras que con esto cerraste la puerta á infinitos apetitos, y que carecerás de muchas cosas que por no verlas te habías de sacar los ojos (2). ¿No entiendes que es parte de la inocencia ser ciego? A éste los ojos le muestran la mujer casada para el adulterio, á aquél la parienta para el incesto, á otro la hacienda y casa que ha de robar, y así los ojos son ministros y ejecutores de los vicios.

Dirás: El dolor viene; respóndote que si es ligero, le padezcas con alegría, pues no será muy dificultosa la paciencia, y si es riguroso, será grande la gloria (3). Dices que es duro el dolor; yo te digo que tú eres muelle y blando. Dices que pocos le pudieron sufrir, y yo te digo que seamos nosotros desos pocos. Dices que somos flacos de nuestra naturaleza, y yo digo que no infames tú á la naturaleza; que ella fuertes nos engendrará. Dirás: Huyamos el dolor; ¿cómo, pues él sigue á los que le huyen?

En vano te afliges si afligiéndote no has de aprovechar, y injustamente te quejas de lo que aconteció á uno, pues ha de acontecer á todos. Loca es la queja y el deseo donde hay tan poco intervalo entre el deseado y el que desea (4). Por tanto, con más paciencia habemos de llevar la pérdida del que murió, pues tan presto le habemos de seguir. El que se queja que otro murió, quéjase que fue hombre. Todos estamos sujetos á esta sentencia; el que nació ha de morir. En el tiempo hay diferencia, pero no en la salida. Lo que hay entre el primero y postrero día es vario é incierto. Si miras las miserias que se pasan en este espacio y curso de la vida, aun para el muchacho es largo; si la ligereza con que vuela, para el viejo es corto.

Morirás; ésta no es pena, sino naturaleza del hombre. Morirás; con esta condición entré que había de salir. Morirás; éste es derecho de las gentes, volver lo que recibiste. Morirás (5); esta vida es una romería que se acaba; á esto vine, esto hago, todos los días me llevan al término que la naturaleza me puso cuando nací, ¿de qué me puedo quejar? No soy el primero ni seré el postrero; muchos han ido delante, y todos me seguirán. Pero morirás mozo; por ventura con esa muerte me libraré de algun gran mal, y á lo ménos de la vejez.

Perdido he el hermano; loco es el que llora las caídas de los mortales (6). ¿Es ésta cosa nueva ó maravillosa? ¿Qué casa hay, de plebeyo ni de rey, que no tenga sus muertes y sus tristezas? La muerte, el destierro, el llanto, el dolor no son suplicios,

(1) In præfat., lib. iii, Nat. quest.

(2) In excerptis Senecæ.

(3) Ibidem.

(4) Epist. xcix.

(5) In excerptis.

(6) Ibidem.

sino censos y tributos de la vida (7). Gran consuelo es pensar que lo que os ha acontecido á vos, ha acontecido á todos los que han vivido ántes de vos, y acontecerá á todos los que despues han de venir. Y por esto ha querido la naturaleza hacer que sea tan comun y universal la muerte, para que siendo lo que es más terrible, á todos inevitable, nos consuelen con la igualdad. También será parte de consuelo el considerar que este tu dolor no aprovecha para ninguna cosa ni al difunto ni á tí, y así no querrás que sea largo y prolijo lo que no puede aprovechar (8).

Ya goza tu hermano del cielo ancho y descubierto, y deste lugar bajo y vil ha subido á aquel lugar que abraza y recoge en su bienaventurado seno las ánimas desatadas de los vínculos desta mortalidad. Allí está libre y seguro, gozando de todos los bienes con sumo gozo é increíble alegría. Engañaste, no perdió la luz tu hermano; ántes ha alcanzado otra más resplandeciente y más segura. No pienses que te han hecho agravio en haberte quitado tal hermano, sino que te hicieron gracia todo el tiempo que gozaste dél. Injusto es el que no deja á la voluntad del que da, el tiempo y el uso de lo que da. Codicioso el que no tiene por ganancia lo que recibió, sino por pérdida lo que restituyó. Desagradecido el que tiene por agravio que se le acabe su contento. Necio el que no piensa que hay otro fruto sino el de los bienes presentes, y tiene por perdido lo pasado, y no tiene por más seguro y cierto lo que ya no se puede perder. Pero dirás: Murió mi hermano cuando ménos lo pensaba. Cada día pasan delante de nuestros ojos los entierros de personas que conocemos y que no conocemos, y nosotros no lo advertimos, y con otros cuidados nos olvidamos, y pensamos que es repentino lo que toda la vida se nos está predicando. ¿Qué novedad es que muera un hombre, cuya vida desde su principio hasta el cabo no es otra cosa sino camino para la muerte?

Quejaisos que no vivió vuestro hijo tanto como pudiera vivir (9). ¿De dónde sabeis que le convenia vivir más, y que no le estaba bien acabar ahora? Porque ¿qué persona hay hoy en todo el mundo que tenga sus cosas tan asentadas y bien puestas, que con el suceso del tiempo no tenga que temer? Todas las cosas humanas huyen y desvanecen como humo, y ninguna parte de nuestra vida es más frágil y quebradiza ni más sujeta á mudanza que la que es de más gusto y contento. Y por tanto, los que se tienen por dichosos y felices deben desear la muerte, porque en tan grande inconstancia y confusión no hay cosa segura sino la que ya pasó. ¿Qué seguridad podíades vos tener que aquel cuerpo hermoso de vuestro hijo, guardado con tanto recato y cuidado, se había de conservar limpio y casto en una ciudad tan deshonesta y sucia, y que sin caer en enfermedades contagiosas había de lle-

(7) De cons. ad Polyb., cap. xxi.

(8) Ibidem, cap. xxviii et xxix.

(9) De cons. ad Martianum, cap. xxi et xxii.

gar á la vejez? Pensad la flaqueza y los vicios de nuestra ánima y que no siempre los fines responden á los principios, ni la grave vejez á la honesta mocedad. Todas éstas son sentencias deste excelentísimo y gravísimo filósofo, que nos enseñan con qué armas tenemos de pelear contra los golpes y encuentros desta miserable vida, y los medios que tenemos de tomar para no ser ahogados de las ondas de la tribulación, las cuales he traído aquí para nuestra doctrina, como dije, y para nuestra confusión. Y en un libro que escribió (1), en el cual trata por qué, estando todas las cosas humanas debajo de la providencia de Dios, da él á los buenos trabajos y males, dice que lo hace el Señor para bien de los mismos que los padecen, para que se ejerciten en las cosas dificultosas y arduas, y hagan callo en la virtud, y para ejemplo y provecho del mundo, y para que entendamos todos cuáles son verdaderos bienes y verdaderos males. Y esto baste para la primera parte deste tratado, en el cual pretendemos escribir de los remedios que debemos usar en las tribulaciones particulares que cada uno de nosotros padece en sí ó en las personas conjuntas consigo por sangre ó por amor. Tratemos ahora de las calamidades generales que Dios envía á toda una congregación, ciudad, provincia y reino, y veamos cómo nos tenemos de haber en ellas. Pero antes de comenzar esta segunda parte, paréceme que será bien declarar y desenvolver una cuestión que suele admirar y afligir á muchos, los cuales inquieren y preguntan por qué Dios nuestro Señor da en esta vida prosperidad á los malos y adversidad á los buenos. A la cual pregunta en el capítulo siguiente se satisfará.

CAPÍTULO XXIV.

Por qué Dios nuestro Señor da en esta vida bienes á los malos, y males á los buenos.

No solamente la gente vulgar y pecadora se maravilla que los buenos sean afligidos y los malos prosperados, pero los muy santos y grandes amigos de Dios se han espantado y casi dádole quejas por ello. El pacientísimo Job dice (2): «Señor, ¿por qué los impíos viven y son prosperados y abastados de riquezas?» El profeta Jeremías dice (3): «¿Por qué el camino de los malos es tan dichoso, y sucede bien á todos los transgresores de la ley que obran mal? Y el profeta Abacuc, hablando con Dios, dice (4): «¿Por qué mirais y favoreceis á los despreciadores de vuestra ley, y disimulais y callais cuando el pecador atropella y oprime al inocente y al que es más justo que no él?» El real profeta David se vió tan congojado y apretado con esta duda, que dice (5): «Mis piés casi han resbalado, y casi he tropezado y caído por el celo

(1) Lib. De prov.
(2) Job, xxi.
(3) Jerem., xii.
(4) Abac., i.
(5) Psalm. lxxii.

grande que tengo sobre los pecadores, considerando la paz y descanso que ellos tienen, y la facilidad que en todas las cosas les acompaña.» El glorioso doctor de la Iglesia san Agustín escribe estas palabras (6): «No podemos alcanzar el secreto juicio de Dios, por el cual aquel bueno es pobre, y este malo es rico. Éste, que por sus maldades debía, á nuestro parecer, ser afligido, tenga gozo y contento, y el otro, que por su buena vida debía alegrarse, ande siempre congojado y afligido; que salga del juicio el inocente condenado, ó por la maldad del juez, ó por los testigos falsos, y que el perverso acusador no solamente quede sin castigo, sino que triunfe y se alabe de haberse vengado del que no lo merecía; que el pecador tenga entera salud, y el justo esté consumido y podrido de enfermedades; que veamos algunos mozos robustos que usan de sus fuerzas para saltar, y otros que ni con una palabra ofendieron á nadie mueran con diversas muertes atroces y penosas; que muchos niños, los cuales daban esperanza de ser provechosos con sus vidas, sean arrebatados de la muerte ántes de tiempo, y otros que nos parece que no habrían de nacer, se logren y vivan largos años; que esté asentado en el trono y sublimado en honra y dignidad uno que sabemos que es oprobrio y escándalo de la república, y otro que es justo, pacífico y provechoso esté arrinconado y sepultado en perpétuo olvido. Y otros ejemplos semejantes á éstos, que por ser tantos no se pueden contar. Todo esto es de san Agustín. Y Salviano dice (7): «¿Para qué me preguntais por qué uno es mayor y otro es menor, uno feliz y otro infeliz, uno flaco y otro fuerte? La causa por que Dios lo hace yo no la entiendo, pero basta por suficientísima causa, que yo pruebo que lo hace Dios. Porque, así como Dios sobrepuja y excede infinitamente á toda la razón humana, así el saber que Dios lo hace es la mayor y mejor razón que se puede dar, y no hay para qué buscar nuevas causas y razones, pues todas las que se pueden imaginar y decir se comprenden en esta palabra: Dios lo hace, Dios es el autor.» Y san Jerónimo dice (8): «¿Piensas que muchas veces no es combatido mi corazón y herido de aquella ola y pensamiento: por qué algunos viejos malvados gozan de los bienes deste siglo, y algunos muchachos inocentes y la niñez sin pecado se coge como flor ántes de tiempo? ¿Por qué muchas veces los niños de dos y tres meses, y que maman los pechos de sus madres, son afligidos del demonio y se cubren de lepra, y se consumen con otras enfermedades; y por el contrario, los impíos, adúlteros, homicidas, sacrilegos, viven robustos y recios, y confiados de su salud, blasfeman al Señor, que se la da? Pero cuando me fatiga este pensamiento, luego me acuerdo de lo que dice el Profeta (9): Quise saber la causa desto, y halléme em-

(6) Aug., xi, De Civ., cap. ii.
(7) Lib. iii, De provid.
(8) Tom. i, Ad Paulam, de obitu Blasilla
(9) Psalm. xxvii.

barazado, y ví que no la puedo entender hasta que éntre en el santuario del Señor y vea el fin de los malos, porque los juicios de Dios son un abismo sin suelo, y Dios es bueno, y todo lo que hace él, bueno, y necesariamente lo ha de ser.» Todas estas palabras son de san Jerónimo.

Pues para responder á esta pregunta y duda, que así ha ejercitado á los santos, se ha de presuponer primeramente que de cuatro maneras puede nuestro Señor repartir los bienes y los males temporales en esta vida. La primera, dando siempre á los buenos bien, y á los malos mal. La segunda, al revés, dando siempre trabajos á los buenos y prosperidad á los malos. La tercera, dando siempre bienes á los buenos y á los malos, y males á los malos y á los buenos, en tal forma, que no haya ninguno, ni bueno ni malo, que no participe del bien y del mal. La cuarta, mezclando los bienes y los males de tal manera, que algunos de los unos y de los otros participen del bien y del mal, y que ni todos los buenos sean siempre prosperados ni siempre afligidos, sino que haya algunos buenos que gocen de la prosperidad, y otros que sean ejercitados con la adversidad; y de la misma suerte algunos malos tengan alegres y quietos sucesos, y otros tristes y trabajosos. Este modo postre escogió Dios nuestro Señor, en el repartimiento de las cosas temporales, como más acertado y más conveniente. Y así dice el bienaventurado san Gregorio Nacianceno (1) que no se atrevía él á juzgar que uno era bueno por la prosperidad que tenía, pues vemos que hay muchos malos y pecadores que gozan della, ni á pensar que es pecador el que es afligido, pues en esta vida muchos santos lo son. Y la Sagrada Escritura y las historias sagradas y profanas están llenas de infinitos ejemplos que enseñan y prueban esta verdad.

La razón que los hombres en esta escuridad y tinieblas en que vivimos podemos dar deste gobierno y providencia del Señor es, que el estado presente que tenemos en esta vida es estado de fe, y para que ejercitemos esta virtud es necesario que las cosas que creemos no sean patentes y claras, porque, si lo fuesen, no creeríamos lo que viésemos. Y si Dios siempre diese bienes temporales á los buenos, y males á los malos, poca dificultad y poco merecimiento habría en creer que Él es justo juez y tiene providencia de las cosas humanas, y que galardona á cada uno conforme á sus obras. Y demas desto, no se moverían los malos á servir á nuestro Señor sino por temor de la pena, ó por amor mercenario y de su propio interés. Y Dios quiere ser Señor de hombres que libre y amorosamente le sirvan, y que sepan que no se da en esta vida el premio de los servicios que le hacemos, sino que el justo muchas veces ha de ser en ella perseguido y atribulado para que ejercite la paciencia, y el pecador para que se emiende.

Por esto dice el bienaventurado san Agustín (2):

(1) Greg. Naz., orat.
(2) August., lib. i De civit. Dei, cap. viii.

«Ha querido la divina Providencia aparejar en la otra vida algunos bienes para los buenos, de los cuales no gozarán los pecadores, y algunos males para los malos, los cuales no padecerán los buenos. Mas estos bienes y males temporales ha querido que sean comunes á los buenos y á los malos, para que no apetezcamos los bienes demasadamente, pues vemos que también los tienen los malos, ni ménos huyamos, como pusilánimes, de aquellos males que muchas veces padecen los buenos. Es bien verdad que va mucho en el uso de las cosas prósperas y adversas; porque el bueno ni se engríe con la prosperidad, ni desmaya con la adversidad, y el malo es castigado con la adversidad, porque se desvanece con la prosperidad. Aunque en el repartimiento destas cosas temporales muchas veces muestra el Señor su divina providencia. Porque si agora castigase todos los pecados con pena manifiesta, muchos pensarían que aquí se acababa todo el castigo, y que no hay más que temer en la otra vida. Y al revés, si no castigase en ésta ningún pecado claramente, no creerían que hay divina Providencia. De la misma manera en las cosas alegres y prósperas, si Dios con su liberalidad no las concediese á algunos que se las piden, parecerles hía que no estaba el darlas en su mano, y si las diese á todos los que se las piden, juzgarían por ventura que no le habían de servir sino por ellas. Y así, no serían píos y agradecidos, sino avaros y codiciosos. Y siendo esto así, y que los buenos y los malos son afligidos, no por eso tenemos de pensar que no hay gran diferencia entre el bueno y el malo, porque no la hay en las cosas que padecen. Porque en la semejanza de los males que se padecen hay desemejanza grande de los que los padecen, y debajo de la misma pena y dolor no es lo mismo vicio y virtud. Porque así como en el mismo fuego resplandece el oro y humea la paja, y con la misma trilla se desmenuza la paja y se alimpia el grano, y no es lo mismo el aceite y las heces que del quedan, aunque se expriman en el mismo lagar; así el mismo trabajo prueba á los buenos, y los purifica y afina; y á los malos los condena, congoja y desanima. Y en la misma aflicción los malos aborrecen á Dios y le blasfeman, y los buenos le alaban y glorifican. Tanto va, no en el padecer, sino en quién es el que padece; porque con el mismo aire el unguento precioso derrama su fragancia, y el cieno su mal olor.» Todo esto es de san Agustín.

Destá doctrina se saca que Dios reparte los bienes y los males temporales á los buenos y á los malos como es servido, para que hagamos poco caso dellos, y mucho de los bienes espirituales y divinos, de que gozan en esta vida los justos, y carecen los malos. Tales son: la caridad, la humildad, el menosprecio del mundo, la castidad, la paciencia, el sufrimiento en los trabajos, y las demas virtudes con que está hermoseada y enriquecida el alma del justo. Y al contrario, la del pecador está desnuda y privada de todos estos bienes, los cua-

les son tanto mejores y más excelentes que la nobleza, salud y fuerzas del cuerpo, y que la hacienda, honras y cargos temporales, cuanto el ánima excede al cuerpo, y el cielo á la tierra, y lo eterno á lo transitorio y momentáneo.

Pero, demas de lo que nos enseña san Agustin, hay otras causas por que nuestro Señor reparte á los buenos adversidades, y á los malos bienes temporales en esta vida. Porque, como dice Séneca (1): «Así como nosotros nos holgamos de ver salir al coso, cuando hay en él un toro bravo, un mozo valiente y animoso, y asirle del cuerno y detenerle y hacerle dar muchas vueltas, ó pelear con un leon y rendirle y matarle; así parece que nuestro Señor recibe gusto cuando un soldado y siervo suyo lidia con la que llamamos fortuna adversa, y pelea con la pobreza, con el dolor, con la infamia ó con cualquiera otra calamidad, y la sujeta y vence con las fuerzas que Él le da y por su amor. Porque desta manera es Dios glorificado en él; el cual, así como un buen capitán para las hazañas de mayor trabajo y peligro escoge los soldados más esforzados y valerosos, así escoge Él para estos trances rigurosos y peleas los que tienen más valor y virtud. Y como los soldados, cuando son nombrados para semejantes empresas, no se quejan del capitán, ántes se tienen por muy honrados y favorecidos dél, así los que son ejercitados del Señor con trabajos y dificultades las deben tener por regalo y favor.» Todo esto dice Séneca.

Pero los bienes temporales dalos Dios á algunos pecadores en esta vida, porque, así como comunica la luz del sol y la lluvia, no solamente á los buenos, pero también á los malos, para manifestar más su inestimable bondad y aquel dulcísimo afecto de padre que tiene para con el hombre, así también reparte los bienes temporales á los malos, para declarar esta misma bondad, y juntamente manifiesta su divina justicia, y esto en dos maneras: la primera, porque comunmente no hay hombre tan perdido y desalmado, que no tenga alguna cosa buena, y por pequeña que sea, es Dios tan justo, que no quiere que quede sin galardón. Y como no se le ha de dar al pecador en la otra vida, quiere pagárselo en ésta. Y así leemos (2) que Dios dió á Nabucodonosor el reino de Egipto, aunque era malvado é infiel, porque le habia servido haciendo guerra contra sus enemigos. Y á las comadres ó parteras de Egipto (3) les hizo bien por la piedad que usaron con los niños de los hebreos que nacian. Por esto dijo Séneca (4): «Á estos que ama Dios y los tiene por buenos, los curte y endurece y ejercita; pero á esotros que parece que perdona y regala, guárdalos para los males que han de venir.»

La otra manera con que Dios manifiesta su justicia, dando á los pecadores los bienes temporales, es porque, como dice el bienaventurado san Agus-

(1) Lib. *De provid.*, cap. ii.

(2) *Ezech.*, xxxix.

(3) *Exod.*, i.

(4) Lib. *De provid.*, cap. vi.

tin, muchas veces niega Dios al hombre, por misericordia, lo que sería ira si se lo concediese. Y así vemos que muchos alcanzaron la hacienda y el cargo y la privanza, y el lugar alto que pretendian, y que despues cayeron y perdieron lo que habian alcanzado con mayor afrenta y dolor, y la risa se les convirtió en llanto, y la felicidad en miseria, y lo que parecía regalo y merced de Dios les fué cuchillo y verdugo. Y lo que es peor, algunos se van al infierno por haber usado mal destos bienes temporales, que por ventura se salvarán si no los tuvieran. Y así se ve que fué castigo lo que parecía beneficio y dádiva de Dios.

Demas desto, da el Señor estos bienes á los malos, para que, atraídos de su liberalidad y benignidad, se conviertan á él, y considerando que otros mejores y más hábiles que ellos no tienen lo que ellos tienen, lo reconozcan de Dios y le amen y sirvan como á dador y fuente de todo lo que poseen. Y si el amor y agradecimiento de lo que han recibido de la mano del Señor no tuviere tanta fuerza para enternecerlos y aprisionarlos y rendirlos, la tenga el temor de perderlo, pues ven que, como Dios lo da, así lo puede quitar, y para que no lo quite, es bien tenerlo propicio.

Cuando ni el amor ni el temor no bastan para enfrenar al pecador, dice Boecio que da Dios estos bienes caducos á los pecadores para que no sean tan malos, y para que con este cebo se entretengan, y no hagan los males gravísimos é innumerables que harian si no los tuviesen, blasfemando y despojando y persiguiendo á los buenos, y viviendo entre ellos como unos leones y tigres.

Asimismo les da á los malos el mando é imperio para que con su tiranía ejerciten á los buenos y purguen la escoria de las culpas que tienen, y se afine la virtud dellos, y se esmere más la obediencia y fidelidad de los que los obedecen y sirven por amor del Señor.

Finalmente, da Dios estos bienes á los malos para que mejor conozcamos lo poco que valen y se deben estimar, como lo dijo san Agustin. Porque si Dios nuestro Señor, que es sapientísimo y justísimo, da estos bienes á los hombres perdidos, á los infieles y herejes, señal es que los tiene en poco y que son viles, porque si fueran bienes para estimar, no se los diera, pues manda que no se arrojen las piedras preciosas á los puercos. Pero con esto nos da á entender que estos bienes no son bienes preciosos, sino cargas pesadas de caminantes, y que el que va más cargado lleva más trabajo en su jornada y corre más peligro.

CAPÍTULO XXV.

Prosigue el capítulo pasado, y declárase por qué da Dios bienes temporales á los buenos.

Por estas y otras razones da Dios nuestro Señor los bienes temporales á los malos. Pero porque no se alcen con ellos y piensen que ésta es su herencia, y que no tienen parte en ella los buenos y siervos del Señor, también los reparte con larga

mano á algunos amigos suyos, como á Abraham, Isaac, Jacob, Josef, David, Salomon, Ezequías, y en el Nuevo Testamento á Constantino, Teodosio, Carlomagno, san Silvestre, san Gregorio y otros santos y siervos suyos. Esto hace Dios primeramente para enseñarnos que Él es la primera y universal causa y fuente de todos los bienes, y gobernador y administrador de todas las cosas criadas, las cuales dispone y rige y endereza con su incomprendible providencia á los fines que Él es servido; y se desengañen los hombres que fían en sí ó en otros hombres, y locamente piensan que no tiene Dios cuidado de las cosas humanas; porque es verdad infalible lo que dijo el real profeta David (1), que todo lo que Dios quiere se hace en el cielo y en la tierra, en el mar y en los abismos, y lo que dijo Daniel á Nabuconosor (2): «Siete tiempos se mudarán sobre tí hasta que entiendas que el Señor del cielo es Señor de la tierra y del reino de los hombres, y que Él le da á quien es servido.»

También con esto se quita otro engaño que han tenido algunos hombres perdidos, pensando no ser lícito al cristiano poseer bienes temporales, como lo decia Juliano Apóstata, para despojarlos dellos con esta ocasion. Pero si nuestro Señor da estos bienes á sus siervos, claro está que justamente los poseen, porque de otra manera no se los daría.

Vese asimismo más claramente la perversidad de los que no usan bien destos bienes temporales, y se dejan cegar y arrebatar del desordenado amor y codicia dellos. Y que la causa deste mal no está en las mismas cosas, pues otros usan bien dellas, sino en la afición demasiada de los que pervierten y estragan el uso dellas; porque, como maravillosamente dice san Gregorio, papa (3), hay algunos que por gozar de Dios usan como de empréstatas de las cosas deste mundo, y otros que por gozar á su placer del siglo, como por cumplimiento y de paso se quieren servir de Dios. Los unos tienen las cosas desta vida en uso y las eternas en deseo; los otros desean y gozan de las presentes sin freno, acordándose algunas veces, como por entre sueños, de las de Dios. El malo déjase llevar de su gusto y pasión; el bueno tiene la rienda á su apetito y refrena su corazón. El malo piensa que es señor de lo que posee y que lo puede desperdiciar á su antojo; el bueno conoce que es dispensador de lo que Dios le entregó, y sabe que le ha de dar cuenta dello hasta la postrera blanca. El malo cree que se merece toda la honra que tiene, y que se debe á su persona todo lo que se hace con él; el bueno, aunque se vea superior de otros en la dignidad, y por ello honrado y servido, no por esto se desvanece, sino ántes se humilla y confunde, entendiendo que muchos de sus súbditos son mejores que él es, y que la honra que le hacen no es por lo que merece su persona, sino por lo que pide el grado y dignidad de su oficio. Y tiene asentado en su cora-

(1) *Psalm.*, cxxxiv.

(2) *Dan.*, iv.

(3) *Moral.*, lib. ii, cap. v.

zon que toda esta vida es como una comedia, en que entran á representar diversos personajes, y que no es más alabado el que representa la persona de rey ó de papa, sino el que representa mejor la suya, aunque sea de un pobre labrador.

Enseñanos asimismo nuestro Señor, cuando da estos bienes temporales á algunos buenos, que también los daría á los demas si les estuviese bien, y que el no dárselos es porque no les conviene. Porque, como dice gravemente Boecio, Dios nuestro Señor es como un médico sapientísimo, que cura varias enfermedades con varias medicinas y remedios, dando á cada uno de los enfermos la medicina que ha menester, conforme á su sujeto y disposicion. A uno da una purga amarga y desabrida, á otro dulce y suave. Y el que la recibe amarga no se puede ni debe quejar, ni pedir que le den la dulce, porque en esto no mira el médico al deseo del enfermo, sino á su salud.

Demas destas razones, por las cuales da Dios los bienes temporales á los buenos, hay otra, que es despertarlos y levantarlos á la contemplacion, amor y deseo de los bienes inestimables que esperamos. Porque si Dios nuestro Señor, en este valle de lágrimas, en este desierto de bestias y destierro lastimoso y miserable en que vivimos, hace tantas mercedes al hombre, y le abraza y regala con tanta benignidad, y le da salud, honra, hacienda, cargos preeminentes, mando y señorío, ¿qué hará en el cielo, en aquella nuestra patria bienaventurada y en aquel palacio real, y en aquellas moradas de gloria y descanso, donde le verémos y gozarámos como Él es?

Finalmente, da Dios estos bienes á los buenos por hacer bien á todo el mundo con ellos, porque el malo todo lo toma y lo quiere para sí; mas el bueno, como otro sol, comunica su luz y reparte sus rayos con todos. Si tiene hacienda, sabe que Dios se la dió para socorro del pobre; si tiene honra, para que honre á los que por su virtud lo merecen; si tiene cargo y poder, para que dé la mano al caído y ampare al que poco puede, y reprima y castigue al atrevido. Así que la merced que Dios hace al bueno, aunque se da á uno, es de todos, porque todos gozan della. Y como las venas pequeñas y delgadas, hasta las que llaman capilares, reciben la sangre de las venas mayores, así todos los pobres y miserables se sustentan y mantienen con lo que los buenos ricos les comunican, á los cuales reparte Dios estos bienes, como habemos dicho, para que ellos los repartan con los demas.

CAPÍTULO XXVI.

Por qué da Dios bienes ó males á los que no hacen bien ni obran mal.

No solamente hace Dios lo que habemos dicho con los justos y con los pecadores, pero también con los que no hacen bien ni obran mal, por no poder usar del libre albedrío, ni consultar y deliberar y escoger, como son los insensatos y locos, y todos los niños ántes que tengan uso de razon. Ve-